

hacian extensivos al Pontífice y á la Propaganda. Devolvió Gregorio XVI á los Jesuitas el colegio Ilirio y el de Loreto. Un nuevo peligro vino á dar á todos la iniciativa del valor: el cólera, que habia sembrado el terror y la muerte en diferentes imperios, se presentó de repente á las puertas de Roma. Se ha dicho, y los periódicos anticatólicos de Francia y las hojas protestantes de Alemania se han complacido en repetir aquellas imputaciones, que á la aproximación del cólera, la corte romana, los príncipes, las matronas de la ciudad, los médicos y el clero se habian visto poseídos de un sentimiento de terror que les impidió cumplir con su deber sagrado. El Papa, añadian, encerrado en su palacio, y rodeado de guardias, permaneció invisible á todos, tanto era lo que temia el contacto de su pueblo: aquel siervo de los siervos de Dios que debe inclinar la tiara ante los sufrimientos cristianos, el buen pastor que debia dar su vida por salvar á sus ovejas, olvidó esos gloriosos títulos por temblar al aspecto del peligro. El espanto del Pontífice se propagó á su Gobierno; los médicos no se atrevieron á socorrer á los coléricos, y los sacerdotes, particularmente los Jesuitas, retrocedieron cuando los moribundos les llamaban á su lecho de muerte como Ángeles de sus últimos consuelos.

Tales fueron las relaciones propaladas por el odio: hasta se calumnió la abnegación de las mujeres á quienes hizo intrépidas el exceso del terror; se exageró la dureza del corazón de los ricos para insinuar á los pobres que era la Iglesia católica una madrastra sin entrañas. Á fin de exaltar mas la imaginación de las masas se comparó la desolación del cerco de Jerusalem con la apática desesperación de Roma, excediendo esta á aquella en toda clase de miserias. Esa acusación sistemática de inhumanidad, y esos cordones sanitarios dignos de eterna vergüenza, lanzados entre las lágrimas de un Soberano anciano y los dolores de sus súbditos, tuvieron algo de tan profundamente cruel, que el *Diario de Roma*, ó sea el Monitor pontificio, al ver dirigir tantos ultrajes á la triple tiara, no creyó deber guardar por mas tiempo el silencio que como ley le imponia la prudencia del Papa. Quejóse sin amargura, refiriendo la verdad de todo en el sitio mismo de los acontecimientos; pero estaba ya dada la orden á toda la línea anticatólica; ningun periódico pensó en desmentir ni en aprobar sus asertos.

Sin embargo eran los hechos sumamente sencillos. Apenas invadió la Europa el azote indio, cuando Gregorio XVI mandó á los

doctores Capello y Lupi, dos de los mas distinguidos médicos de Roma, que partieran á París para observar la enfermedad, sus progresos y los medios que para curarla debian emplearse. Otras precauciones llenas de prudencia fueron adoptadas tambien por el cardenal Gamberini, ministro del Interior: asimismo el cardenal Sala, presidente de la comision de sanidad pública, dispuso la formación de nuevos hospitales. Por orden de Gregorio XVI se crearon tambien hospitales ambulantes en cada barrio, señalándose además diferentes casas de curación en las que habria siempre muchos médicos dispuestos al primer aviso. Despues de haber el Papa dictado así todas sus disposiciones para la salvación de los cuerpos, descansó en los Jesuitas únicamente por el cuidado de las almas, los cuales se constituyeron en enfermeros y capellanes de aquellos hospitales. El servita Moralli formó con sus exhortaciones una sociedad de damas de la Caridad que viviendo en el mundo se dedicaran á todas las obras de la beneficencia cristiana.

Al aspecto de tantos preparativos sintiéronse algunos ciudadanos dominados por el terror, mientras que otros pensaban tal vez que debia ser el cólera el auxiliar de sus venganzas particulares ó de sus sueños políticos. Una proclama de Ciacchi, gobernador de la ciudad, bastó para intimidar á los perversos y alentar á los buenos, que eran en Roma en mucho mayor número. No creyeron los romanos, como los demás pueblos sobre los cuales no pesa ya el yugo sacerdotal y que se creen por lo mismo llamados á difundir la civilización, que el Gobierno tuviese interés en envenenarles. No se arrojaron como aquellos sobre los médicos para despedazarles en su fanática desesperación, no acusaron á los transeuntes de que fuesen la causa de aquel terrible azote, ni vieron á los magistrados municipales que se aprovecharan de aquel lúgubre momento para denunciar un partido á la ciega cólera de la multitud. Cercaba el cólera la ciudad eterna sin que sus habitantes se malaran entre sí acusándose de crímenes imposibles, por haber sido mas ilustrados ó mejor dirigidos que las otras naciones que tanto debian calumniarles mas tarde.

La propia enfermedad desconocida se cernió sobre Lóndres, París y Madrid, y en esas tres capitales de la regeneración constitucional se vió á la muchedumbre entregarse á tales excesos de espanto y furor, que para encontrar de ellos un ejemplo igual, deberíamos remontarnos hasta los siglos de mas ignorancia y barbarie. Se asesinaba sin piedad á los hombres generosos que se lanzaban

entre el cólera y el pueblo, y se preludiaban por medio del motin escenas de horror y de sangre que mas que la misma epidemia debian contribuir al estupor general. Tales eran los transportes que estallaban en Londres, París y Madrid; sin que pueda decirse otro tanto de Roma. Apiñábase el pueblo en las iglesias, rodeaba los púlpitos y sitiaba los confesonarios para dirigirse á Dios en aquel momento solemne con la voz y con el corazon. Tal fue el medio que empleó el cardenal Odescalchi, como vicario del Papa, para conjurar el azote, haciendo por este medio descender la paz en las almas. Así dispuesto el pueblo á la muerte, fué á ponerse en procesion solemne bajo la invocacion de la Virgen, y aquella procesion calmó en Roma mucho mas los ánimos de lo que los calmaron los motines de París. La imágen de Santa María la Mayor fue trasladada de la basílica á la iglesia de los Jesuitas; cuya traslacion, anunciando el peligro que amenazaba á la capital del mundo cristiano, fue dispuesta por Gregorio XVI para designar á los hijos de san Ignacio como los representantes de la caridad pontificia. El Papa rodeado de los cardenales, del senador y de los magistrados, quiso unirse al cortejo á pesar de hacer un calor sofocante, y seguir á pié la procesion, adelantándose entre una compacta multitud que revelaba la resignacion mas santa. Creció sin embargo de todo punto la solemnidad de aquel acto, cuando en la plaza del Gesu recibió el General de la Compañía en presencia de la corte apostólica el precioso depósito en que cifraban los romanos su fe y su esperanza. De todos los puntos de la ciudad se acudia en tropel á la iglesia de los Jesuitas: desvanecido ya el terror del pueblo, se le habia enseñado á contemplar el peligro sin estremecerse, y por ello esperaba firme y resignado. No tardó el mal en declararse, previendo los médicos desde el primer momento que serian horrorosos sus estragos. En 23 de agosto de 1837 se declaró en todos los barrios la enfermedad, cebándose indistintamente en todas las clases, como lo demuestra el haber sido las princesas Cristina Massimo y Chigi sus primeras víctimas. Cerníase con horror la muerte sobre la ciudad santa; en 2 de setiembre y á la hora en que por lo regular se hacia sentir el cólera con mas intensidad, visitó el Papa todas las calles de Roma, á fin de bendecir, consolar y alentar á aquel inmenso pueblo que tendia hácia él sus brazos. La actitud de Gregorio XVI era triste y tranquila como la de todo justo en el momento del peligro: habia empeñado todos los tesoros de la Iglesia, por no poder

permitir el Padre comun de los fieles que muriesen sus hijos sin socorro. Algunos individuos del clero secular, así como cierto número de médicos, habian titubeado desde un principio; pero el ejemplo del Papa, de los Cardenales, de los Príncipes y de los frailes triunfó de su perplejidad. Pronto no hubo en Roma mas que una rivalidad en los sacrificios: los Dominicos, los Franciscanos, los religiosos de san Camilo de Lelis y los canónigos regulares, desafiaron la muerte, como desafia un soldado los mas inminentes peligros en los campos de batalla. En medio de ellos ó á su frente, correspondieron los Jesuitas á la confianza que Gregorio XVI y los romanos tenían en el Instituto; puesto que con una continua vigilancia, abundantes socorros y una actividad sin ejemplo supieron desempeñar todos sus deberes. Véase á los Padres implorar la beneficencia del rico que con gusto cedia parte de sus tesoros para socorrer la pública necesidad; penetrar en los barrios mas pobres, cargar con los enfermos sobre sus hombros, distribuir á cada familia recursos de toda especie, endulzar los últimos momentos á los que espiraban, y sostener con su valor el ánimo decaído por el sufrimiento. Un escritor realista desterrado de Francia recibió en Roma una hospitalidad que no fue negada á todos los partidos que la reclamaron: Bérard, tal era su nombre, á quien la necesidad convirtió en médico, duplicó en él la gratitud, la actividad de su celo; y confundido entre los Jesuitas donde habia mayor peligro, como ellos escapó al contagio dando una prueba de que es la intrepidez el mejor de los preservativos<sup>1</sup>.

Nueve mil trescientos setenta y dos ciudadanos fueron los atacados, de los cuales murieron cinco mil cuatrocientos diez y nueve, hasta el 11 de octubre en que desapareció el cólera enteramente. En medio de los transportes de gozo que ocasionó semejante noticia, no olvidó el Papa que era el padre de las viudas y el único apoyo de los pobres huérfanos. Tambien el arzobispo de París, Jacinto de Quélen, cuyo palacio fue saqueado y dotada su cabeza por la Revolucion, adoptó á todos los niños que dejó la muerte sin apoyo y sin familia. De pié sobre las ruinas de su arzobispado y animado por el ardiente celo de su caridad, enseñaba á los mas incrédulos á bendecir esa Religion que es el puro manantial de todas las grandes obras,

<sup>1</sup> Es muy notable que sobre mas de trescientos jesuitas que durante dos meses cuidaron y asistieron á los coléricos, ni uno solo se viese atacado de aquella enfermedad. Otro tanto sucedió respecto de la mayor parte de personas que se dedicaron con mas constancia al socorro de los atacados.

del perdón y de todos los consuelos. Ya cinco años antes admiró Gregorio XVI la solicitud pastoral del Prelado proscrito, y la consagró imitándola desde lo alto de su trono. El cardenal Odescalchi, intérprete de sus voluntades, excitó la conmiseración pública en favor de los huérfanos, cuya suerte quedó asegurada por no haberse desoido su voz. Para vigilar más atentamente el reparto de los socorros y la educación de los niños, se nombró una comisión superior presidida por el príncipe Orsini; siendo sus tesoreros los príncipes Carlos Doria y Gabrielli, y secretario de la misma Camilo di Pietro, auditor de la Rota. Por una infracción á las reglas de la Compañía de Jesús, aunque motivada por un sentimiento de gratitud que era muy útil eternizar, se obligó al P. Roothaan á formar parte de aquel comité bajo el título de consejero diputado eclesiástico. Seis fueron las secciones particulares que se unieron á la comisión, siendo sus jefes Mons. Morichini, la princesa Orsini, el marqués Patrizi y la condesa Marioní, el príncipe Domingo Doria y la condesa Lozzano-Argoli, Mons. Marini y la princesa Borghese, el marqués Serlupi y la condesa de Marsciano y el caballero Reni-Picci y la condesa Orfei. La princesa Borghese se declaró tutora de los huérfanos, y como tal les hizo educar en su palacio. Decidió el P. Roothaan que fuesen mantenidos veinte huérfanos en San Estéban-le-Rond á expensas de la Sociedad de Jesús.

Un sacerdote de Verona, llamado Pedro Albertini, concibió en el mes de enero de 1830 el proyecto de hacer llamar á los Jesuitas en la Lombardía veneciana, cuyo proyecto acogieron gustosos el obispo de la diócesis, los magistrados de la ciudad y la población entera. En su consecuencia expidióse un decreto imperial en 19 de marzo de 1836 autorizando á los Padres para entrar en todos los reinos sometidos al Emperador de Austria, donde se les permitiría el libre ejercicio de su Instituto y de su método de enseñanza, á pesar de las leyes que se lo prohibían. Fundóse inmediatamente una casa para la Orden, la cual fue desde luego visitada por el Emperador y su esposa Ana María de Cerdeña. Hacia aquel mismo tiempo renunciaba el cardenal Odescalchi á las dignidades de la Iglesia para empezar su noviciado.

Nació Carlos, príncipe Odescalchi, en 5 de marzo de 1786: era uno de esos seres privilegiados que el mundo admira é impulsa hácia el retiro, á pesar de ser su más bello adorno. Destinado Carlos á todas las grandezas por su nacimiento y por su mérito, había oido

ya en su juventud una voz interior que le decía abrazara la regla de san Ignacio: las consideraciones de familia y una orden de Pio VII reprimiendo aquel deseo, condenaron á Odescalchi á los honores de la púrpura y del episcopado, llegando á ser muy pronto por su piadosa amenidad y talento una de las glorias del Sacro Colegio; á fin de ocuparle Gregorio XVI en las virtudes que estuviesen más en contacto con la soledad, le encargó las funciones de vicario general de Roma. La carrera del Príncipe de la Iglesia fue rápidamente recorrida; así fue que creyó Odescalchi deber empezar otra por la cual se sentía después de tanto tiempo inclinado. El Soberano Pontífice y los Cardenales luchaban de continuo contra aquella vocación irrevocable, llegando hasta el punto de pedir al Cardenal en nombre del Catolicismo el sacrificio de sus inclinaciones. Aumentábanse cada día los obstáculos que se oponían á los deseos de Odescalchi, hasta que por fin triunfó este de la amistad que le profesaba Gregorio XVI, y después de haber recibido sus últimos abrazos partió secretamente de Roma, como un culpable que se oculta, ó como un hombre feliz que evita todas las miradas para mejor gozar de su felicidad. El Consistorio aceptó la dimisión de los importantes cargos ofrecida por el Cardenal, y desde luego fue admitido el Príncipe de la Iglesia en el número de los novicios de la Sociedad.

En 8 de diciembre de 1838 se despojó el cardenal Odescalchi de la púrpura que tan dignamente vistiera, en manos del P. Antonio Bresciani, rector de Módena, para vestir aquel mismo día por primera vez el hábito del Instituto. Para él, servir era reinar, por lo que todas las fatigas del noviciado se le convirtieron en los más dulces goces, siendo para él la celda que debía ocupar más bella á sus ojos que los palacios en que pasó hasta entonces su vida. Desprendido de la tierra, se replegó aquel hombre en sí mismo para vivir enteramente como jesuita: unos le admiraban, al paso que otros le compadecían, mientras que él en el colmo de la dicha solo pensaba en bendecir á Dios. Hé aquí en qué términos anunciaba al General de la Compañía el primer día de su felicidad en 8 de diciembre de 1838:

«Mi muy reverendo Padre: Habiendo tomado esta mañana el santo hábito de la Compañía después de celebrar la santa misa y haber dado la comunión á los novicios mis hermanos muy amados, por habérmelo así prevenido el Padre rector, consagro mis primeros momentos á escribir á vuestra Paternidad, por más que no deba partir

«esta carta hasta mañana. Os escribo sin dilacion, mi muy reverendo Padre, para daros las gracias por la preciosísima carta que os habeis dignado dirigirme, y que conservaré fielmente para consuelo de mi alma, junto con el breve del Santo Padre que, debo confesarlo, me ha colmado de dicha y de tranquilidad.

«Las liernas circunstancias que acabo de indicar y la de la hermosa fiesta de la santísima Virgen, á la que soy deudora de mi vocacion y de la libertad que he obtenido para seguirla, no me permitian diferir ni un solo instante el dirigirme á aquel que ha venido á ser en la tierra mi superior en la nueva carrera que empiezo á recorrer. Me siento tan feliz, que el gozo que experimenta mi alma es indescribible: el mundo, cuyos juicios son á menudo equivocados, pondera lo que él llama mi sacrificio heroico; mientras que yo solo bendigo la divina misericordia que me ha concedido hasta hoy la vida, y que me procura el medio de santificarme y convertirme.

«Os doy las gracias por la bondad singular con que os dignais hablarme de todos los de mi familia, y por decirme el efecto que ha producido en ellos mi resolucion; estoy seguro que si hay alguno que la haya desaprobado momentáneamente, ha sido tan solo por la afliccion que le causaba. Examinada sin prevencion, se justificará por sí misma: nuestro primer movimiento es siempre reprobado lo que nos desagrada; debe, empero, tenerse en cuenta si hay ó no desacuerdo entre la conviccion del ánimo y el precipitado juicio de los labios. Espero que todos mis parientes se tranquilizarán muy pronto, y cuando esto suceda no podrán menos de aprobar mi determinacion.

«Deseo, mi muy reverendo Padre, que veais siempre en mí un hijo sumiso, que de esta cualidad dispongais siempre de mí sin ninguna consideracion, y que en fin tengais presente que el sacrificio de mi voluntad es una dicha para mí.

«Animado de estos sentimientos tengo la honra de ser respetuoso y obediente servidor de vuestra Paternidad. — CARLOS ODESCALCHI, novicio de la Sociedad de Jesús.»

El P. Odescalchi, cardenal ó jesuita, vivió como un ángel y murió como un santo. Despues de haber pasado tres años en el ejercicio de los deberes sacerdotales y en las misiones, donde su palabra penetraba en los corazones como un dulce canto materno, espiró en Módena á 17 de agosto de 1841.

En medio de los acontecimientos que agitaban á la Europa, vino el año 1840 á inaugurar á los Jesuitas el cuarto siglo, desde el dia en que Paulo III en 1540 confirmó la Orden de san Ignacio. Era por lo tanto aquella una época solemne para los discípulos del Instituto, una época que habian celebrado ya dos veces con una pompa y satisfaccion de que participaron los Monarcas y los pueblos. Dirigió el P. Roothaan á sus hermanos una encíclica en 27 de diciembre de 1839, por la cual les prohibia la proyectada fiesta. El General de la Compañía, que preveia la tempestad que iba á descargar, no quiso que los cristianos gocen de los Jesuitas pudiesen servir de pretexto á las amenazas y á las acusaciones. En la víspera de las tribulaciones que aguardan á los hijos de san Ignacio, les recuerda el General su destruccion de 1773 como para animarles en presencia del peligro: «Cien años ha, les escribia, entraba la Compañía en un tercer siglo floreciente y pujante, despues de haber disfrutado desde mucho tiempo de una brillante reputacion en las letras, en las ciencias y en la elocuencia sagrada, y dedicóse á la educacion de la juventud cristiana...

«Trabajaba en la salvacion de las almas sin atender para ello á clases ni condiciones casi en todos los Estados de la Europa católica y no católica, en las mas apartadas regiones del mundo y entre los infieles, disfrutando en todas partes de la mayor estimacion y recogiendo los mas abundantes frutos. Para colmo de su gloria, los aplausos y favor de los hombres no pudieron atenuar en lo mas mínimo la piedad sincera de los hijos de la Compañía ni disminuir su ardor por la perfeccion. Si no es probable suponer, á causa de la debilidad humana, que entre los veinte mil religiosos y aun mas que contaba entonces la Orden, no hubiese algunos de imperfectos, puede á lo menos asegurarse que se veian muy pocos entre aquel gran número que afligiesen á su buena Madre por la irregularidad de su conducta. Por el contrario, habia en cada provincia una multitud de religiosos de una santidad eminente que exhalaban á lo léjos el dulce aroma de Jesucristo. En todas partes sostenia la Compañía una encarnizada guerra contra el error y el vicio, combatiendo enérgicamente por la defensa de la Iglesia y la autoridad de la Santa Sede. Cual centinela vigilante, estaba siempre la Orden dispuesta á desenmascarar los nuevos errores que empezaban á pulular en todas partes, á fin de destruir la Religion primero, y luego los tronos de los Reyes, la sociedad y el orden

«establecido. Para destruir, ó á lo menos reprimir aquellos errores, «empleó la Orden la palabra, la pluma, los consejos, todos sus cuidados, todos sus esfuerzos, todos sus trabajos: hé aquí por qué «gozó de un gran crédito cerca de los Pontífices romanos y los Obispos, los Príncipes y los pueblos. Era considerada como el glorioso «asilo de las ciencias, de la virtud y piedad, como un augusto y «vasto templo levantado á la gloria de Dios que estaba abierto al «mundo entero para la salvacion de las almas. ¡Quién hubiera entonces podido creer que por medio de una revolucion tan completa «como inesperada, se viese aquel hermoso y admirable edificio, «cuya utilidad igualaba su grandeza, y cuyas vastas proporciones «parecian hacerle inmortal, herido de mil golpes repetidos como «verse, temblar y hasta venirse abajo! Y, sin embargo, lo que parecia increíble, lo permitió Dios para enseñarnos á todos que ni «la reputacion de la ciencia y de la virtud, ni los brillantes resultados, ni todo cuanto se llaman acciones inmortales, y ni aun el «favor de los poderosos del siglo pueden sostener una institucion «humana, cualquiera que sea, sin el auxilio de la Providencia, y «que es únicamente en su misericordia y en su auxilio que debemos contar en todos tiempos. Permitted Dios para enseñarnos, á «nosotros sobre todo, lo poco que debemos contar con nuestras fuerzas, instruidos como estamos por la fe y la experiencia de que Dios «y su Iglesia no tienen necesidad de nuestro apoyo ni del de ningún hombre, á fin de que no dejemos de repetir con el Salmista «tanto por cada uno de nosotros en particular como por la Compañía en general: *Conservadme, Señor, porque en Vos solo confío. He dicho al Señor: Vos sois mi Dios, y no teneis necesidad de mis bienes.*»

Despues de haber manifestado el General la caida de la Orden de Jesús, encargaba á sus hermanos la humildad, diciéndoles: «Si «debemos reconocer que Dios se mostró admirable con nuestros antecesores, así como un dia si queremos que nuestros sucesores «puedan glorificarse en la misericordia que habrá usado Dios con «nosotros; guardémonos, mis reverendos Padres y queridos hermanos, de no enorgullecernos nunca, aun cuando hiciésemos grandes cosas que nos dieran derecho á la estimacion pública, puesto «que nunca debemos ambicionar los primeros destinos ni el título «de bienhechores entre los hombres. Pensemos, por el contrario, que «es la liberalidad de las personas piadosas la que sostiene nuestra

«existencia, y que es para nosotros un señalado beneficio el que no «desprecien los hombres nuestros servicios; que es un beneficio «tambien por parte de aquellos que acuden á nuestro ministerio, y «sobre todo un beneficio por parte de Dios, del que somos, ó á lo «menos debemos ser los instrumentos, y ante quien, aunque hubiésemos cumplido todo cuanto nos está mandado, solo seriamos «inútiles siervos. Por mi parte estoy convencido que si somos humildes, todo podemos prometérnoslo de Dios tanto por nosotros, «como por la Compañía; pero tambien creo que sin esta condicion, «todo lo debemos temer tanto por nosotros como por la Sociedad «entera.»

De este modo se dispusieron los Jesuitas para hacer frente á los peligros que les aguardaban á los pocos meses. La ciudad de Verona, secundando las intenciones de su obispo Grasser, y la de las mas ilustres familias, abrió á los hijos de Loyola el colegio de San Sebastian, á pesar de los grandes sacrificios que fueron necesarios y que gustosos se impusieron los magistrados y los ciudadanos para la construccion de aquel edificio. Pronto las ciudades de Cremona, Cividale-del-Friuli, Placencia y Parma siguieron su ejemplo. Nicolás Matthei, arzobispo de Camerino, y el cardenal Ferretti, arzobispo de Fermo, confiaron tambien á los Jesuitas la educacion de la juventud de sus diócesis. En 2 de abril de 1842 firmó el emperador Fernando el decreto para la ereccion del colegio de Brescia. No tardaron, sin embargo, los Jesuitas en verse expuestos á incessantes ataques: en los países monárquicos se les acusaba de aconsejar á los pueblos la desobediencia hácia el Soberano, y en las Repúblicas de que eran los agentes del despotismo. Pretendióse que el príncipe de Metternich les tenia enteramente apartados del reino Lombardo-Veneto por lo mucho que temia su funesta influencia; no obstante, el Canciller germánico contestó á semejantes rumores abriendo á la Compañía de Jesús las puertas de Venecia. Largas y terribles fueron las luchas que debieron sostener en otro tiempo los Jesuitas contra esta República; las baterías austriacas ocupaban la plaza de San Marcos y los Jesuitas estaban á sus puertas, donde fueron acogidos tanto por el patriarca como por las autoridades alemanas y el pueblo con el mayor respeto. Desde Fra-Paolo Sarpi, existía una sorda enemistad entre los Padres y los sucesores del Consejo de los Diez, la que se logró hacer desaparecer en 31 de julio de 1844, ó sea el dia de san Ignacio, por haberse reunido el patriarca, el